

M. Molina González, *Haikus del olivar*, Edición trilingüe, Traducción al inglés de Pedro Javier Romero Cambra y al japonés de Kumiko Yoshihara, Barcelona, Ediciones Carena-Acidalia, 2013, 88 págs.



Aparecido en edición trilingüe, en español, inglés y japonés, *Haikus del olivar* viene a colmar en dos sentidos muy amplios las necesidades expresivas de Manuel Molina González (Priego de Córdoba, Córdoba, 1966, pero residente en Cazorla, Jaén, desde hace ya bastante tiempo), tanto por lo que representa de acercamiento a la estética japonesa del haiku como por lo que se trata en sí, es decir del olivar, símbolo mediterráneo y universal de la paz, de la hermandad de los pueblos, de la buena voluntad, icono ético de la humanidad, etcétera. Sin duda que el olivo trasciende estas tierras jiennenses y va más allá de sus fronteras llevando un mensaje de equilibrio con el mundo, algo parecido a lo que podría ser una filosofía oriental... Pero habría que decir, como nota biográfica, que la tradición olivarera y aceitera de Priego de Córdoba es exquisita, y que por tanto a nuestro autor no le vino de primeras su residencia en Jaén, respecto a lo que se refiere al olivo.

Los haikus no son nada nuevo, y aunque pertenecen a la tradición japonesa, también forman parte ya de la tradición española, e incluso al canon occidental, sobre todo a partir del último tercio del siglo XIX y principios del XX, cuando la influencia nipona se pone de moda en Europa, en París más concretamente, como capital cultural mundial de entonces, si bien ya comenzaba a desplazarse su influencia hacia Nueva York. Y fue con la publicación de la partitura de *La mer*, de Claude Debussy, en 1905, donde se reproducía en la cubierta *La ola* de Katsushika Hokusai, cuando se popularizó la fiebre nipona. Este pintor y grabador pasó media vida retratando el monte Fuji —entre otras cosas— y de hecho ese ejercicio de la variación se parece mucho a la técnica del haiku. En España, la Generación del 27 mostró interés por los haikus y durante la década de los veinte se publicaron varios libros recopilatorios y compilaciones de haikus, entonces llamados *kaikais* o *hai-kais*, así, separado y con guion, ya que la oscilación idiomática ha sufrido diferentes modificaciones hasta el actual haiku, que también puede pronunciarse, como bien se sabe, *haikú*.

En la última década, con el auge del fragmentarismo y tras el desmoronamiento de la poesía de la experiencia, que dejó paso a la pluralidad de corrientes que nos habitan, el haiku se ha revitalizado y ha adquirido profunda notoriedad entre los escritores y poetas, y han proliferado multitud de libros y colectáneas, de lo más variadas, y con diferentes éxitos y aciertos estéticos. También han abundado los poetas en el ejercicio del aforismo y el *tanka*, que son géneros contiguos y que podrían conectarse sin problemas a nuestros pensamientos latinos, soleares de estirpe española o andaluza, etcétera.

Meritorios son los haikus de Lorenzo Oliván, quizás el más destacado *kaikista* de la actualidad, aunque también desde el lado del ensayo habría que destacar *Hana o la flor del cerezo* (2007), de Josep M. Rodríguez; o también en edición del mismo Rodríguez, *Alfileres*, donde no sólo recopila los mejores haikus publicados en España hasta 2004, sino que también nos muestra un enjundioso prólogo.

Sea como fuere, los antecedentes en el haiku y la tradición japonesa en la poesía española, antes de estos *Haikus del olivar*, son amplios y fértiles. El haiku pretende condensar en pocos versos un universo, sintetizar la perfección, el sentimiento, la emoción aguda, y hacer —crear y recrear— un mundo desde la precisión expresiva de la brevedad. Con poco se dice mucho, economía lingüística y economía al fin y al cabo, que parte de un legado de sabiduría que no malgasta energías en palabrería ni en torrentes verbales, como estamos acostumbrados últimamente en poemarios variopintos.

Estructurado a partir de las cuatro estaciones, *Haikus del olivar* es un recorrido sensible y material por la vida mediterránea. De manera estoica, por lo que tiene de aceptación de la vida, pero también platónica, por su perspectiva contemplativa, como era de esperar el libro comienza con la primavera

coincidiendo con el ciclo vegetal que es un canto a la creación también de la escritura, y que nos podría recordar a la excelente película del surcoreano Kim Ki-duk *Primavera, verano, otoño, invierno... y primavera* (2003), donde hay un canto a la naturaleza y a los ciclos por los que va a atravesando el hombre inmerso en ella. Es también un canto a las edades del hombre. «Geometría / en orden lineal: / viejos olivos» (p. 17), o este: «Sumo el campo: / olivos tras olivos. / La inmensidad» (p. 18), o este otro: «Troncos trezados, / sobre la tierra arada. / Pies centenarios» (p. 19).

Así podríamos seguir recitando estas acuarelas que pretenden convertirse en óleos, estos paisajes que no por formar parte de nuestro tópico más cercano, pierden valor poético, en quien se recrea en ellos y quiere extraer otra lectura distinta a la habitual.

Sin duda que la edición trilingüe que nos entrega Manuel Molina González, con prólogo en español, inglés y japonés, y con versiones de los haikus en cada idioma, respectivamente traducidas por Pedro Javier Romero Cambra y Kumiko Yoshihara, hacen de este libro una rareza digna de todo buen coleccionista, un extraño sabor para paladares exquisitos. Como el del aceite fresco y recién extraído, puro zumo de aceituna, oro líquido. Una mirada distinta a nuestra tierra viene de perlas para oxigenar el rancio costumbrismo, la Semana Santa, los cirios y los nazarenos que se suelen cantar en nuestra tierra sin pudor, sonetos a Nuestro Padre Jesús y cosas así.

Concluimos, pero nos gustaría resaltar que no se trata solo de un canto al olivar, o al olivo, sino también al aceite, a ese zumo que forma parte de la dieta mediterránea pero que también trasciende nuestras propias fronteras convirtiéndose en símbolo del equilibrio y la armonía, más allá de su límite gastronómico: «Vigoroso oro: / duerme paciente / en la bodega» (p. 84), o este: «Sabor amargo, / hierbas y alozas verdes. / Zumo picudo» (p. 85), o este otro: «Ágil y armónico / el aceite escanciado / riega el pan» (p. 86). Qué mejor final para un libro, cantar el panaceite, la base de nuestra cocina y la belleza de nuestras tradiciones.

JUAN CARLOS ABRIL